

EL CAMINO DEL PEYOTE
Crónica de un viaje dentro de un viaje

*I went out there
in search of experience
to taste and touch
and to feel as much
as man can...*

JOHNNY CASH,
a los 2:24 de “The Wanderer”

THE WANDERER

Antes de que se agotara el milenio salí a vagar por ahí en busca de experiencia, un poco como recita Johnny Cash en “The Wanderer” y otro poco como todos los viajeros desde Ulises hasta hoy. Durante un año todas mis pertenencias entraban en una mochila de ochenta litros. Anduve (en desorden) por Guatemala, Belice y los estados del sudeste y sur de México. Pensaba seguir hacia los del norte, pero al pasar por segunda vez por el Distrito Federal decidí parar ahí por un tiempo. Sólo una pausa, para descansar de la ruta.

La ciudad resultó magnética. A mediados del 2000 mi etapa como turista había quedado atrás: podía decirse que era un habitante más del DF. Incluso ya había escrito una novela ahí, *Bares vacíos*. Mi primera novela, o la primera que resistió el fuego. Ahora sólo necesitaba dos

cosas: un editor y un trabajo estable. Durante el resto de ese año los busqué, con más ahínco que resultados.

En noviembre empecé a desesperarme: los editores no contestaban —algunos sí, pero sólo para decirme que no— y los trabajitos temporales con los que me había mantenido (el principal: escribir reseñas de cine para un portal de internet) habían terminado por extinguirse (al igual que el *boom* de los portales de internet). Mi permiso para permanecer en el país había expirado. También había vencido mi pasaje de vuelta, que había pagado con plata prestada. No me quedaban más que unos pocos billetes en el bolsillo. Las amigas mexicanas que me bancaban un lugar —dos ángeles— se habían ido de viaje; yo me había quedado en su departamento, regándoles las plantas. Feliz cumpleaños.

Un domingo, fui a un festival de rock del que me enteré de improviso por la radio: el *Vive Latino*, en el Foro Sol. Gracias a una conocida que tenía credencial de prensa, pude conversar con Diego Arnedo mientras los Divididos armaban todo antes de su concierto; después los vi desde la primera fila, con el cuerpo apretado contra la valla. Arrancaron con “Tomando mate en La Paz”. Salté y canté como loco. La púa que tiró Mollo me pegó

en el pecho; no la pude agarrar porque en ese momento tenía los dos brazos levantados, como gritando un gol, celebrando la alegría de los placeres conocidos, esa que se multiplica cuando está vinculada a tu lugar de origen pero te toca vivirla en el extranjero. Volví a casa en metro, cansado y feliz.

Se sabe: la alegría interior te cambia la suerte. Al día siguiente conseguí un trabajo de diseño editorial como *freelance*. Una amiga lo declinó y —generosamente— me lo pasó. Con el dinero de ese trabajo podría pagarme el pasaje de vuelta a Argentina. Y eso iba a hacer, lo juro, pero enseguida ese trabajo trajo otro; y ése, una recomendación. Y esa recomendación a su vez me llevó a recibir una propuesta para un puesto fijo, legal y bien pago en una revista de tirada nacional. Y enseguida, el colmo: esa misma quincena recibí el llamado de un editor. Un loco, un divino, un inconsciente, un kamikaze: quería publicar mi novela. Los efectos de todo un mal año habían desaparecido en sólo quince días. Compré una botella de tequila.

Antes de incorporarme a mi nuevo trabajo, decidí hacer uno de los viajes que mi falta de ánimo y dinero habían postergado: quería ir al norte de México para probar el peyote. No había leído a Castaneda ni a Escohotado, es decir, no tenía una expectativa signada

por lo místico-antropológico, ni por las difusas reinterpretaciones de la *new age*, ni tampoco por una narcopasión científica o historiográfica, aunque todo esto no quiere decir que mis intenciones fueran meramente recreativas. Sólo quería una cosa: adentrarme en el desierto, comer de una vez todo el peyote que pudiera y después ver qué pasaba. *Saborear y tocar / y sentir tanto como pueda sentir un hombre*, tal como canta Johnny Cash. Pura curiosidad. Hoy aquellos impulsos ciegos que acataba me asombran un poco, quizás porque ahora los siento desgastados (o tal vez sólo aletargados). En aquel entonces —sin llegar a ser un Corto Maltés ni nada parecido— me movía un espíritu más aventurero: no había dudado en saltar de un bote para nadar detrás de una enorme manta raya en Puerto Ángel, o en explorar las cuevas de un río subterráneo, bastante crecido y rápido, cerca de Poptún, o en probar hongos en la noche selvática de Palenque, o en bucear entre meros y tiburones en Caye Caulker. Ese espíritu que me guiaba hacía que toda adquisición de nuevas experiencias fuera un fin en sí mismo, sin necesidad de justificaciones ulteriores.

Pronto me vería envuelto en una nueva rutina laboral que me haría muy difícil salir del DF más adelante. No podía postergarlo otra vez. Mis amigos más cercanos, que ya estaban de vuelta, decidieron pasar

fin de año en Mazunte. Mientras hacían sus bolsos con trajes de baño y bronceadores, yo fui metiendo en el mío los guantes, una bufanda y calzoncillos largos. Ellos, mar, sol y arena; yo, nada más que sol y arena, pero el sol y la arena del desierto.

Por la mañana, la Terminal de Autobuses del Norte había sido un loquero: todo el mundo viajaba por las fiestas. Me costó conseguir el pasaje. Esa noche, ya estaba sentado en el asiento 19 del bondi que salía hacia Matehuala, cuando el último pasajero en subir vino directamente hacia mí. El bondi arrancó mientras el tipo me mostraba su pasaje: asiento 19, también. No me levanté: yo había llegado antes, y el ómnibus estaba completo. Que viajara él parado durante cinco horas.

Uno de los choferes hizo de juez y pronto estuvo claro que el pasaje equivocado era el mío. Esa mañana, la idiota de la ventanilla me había dado un pasaje tal como yo le había pedido: hora, asiento, destino... pero con fecha para el día siguiente. Yo no había leído el pasaje completo. Idiota yo también.

Me bajaron en una avenida desolada, a kilómetros de mi casa. Hacía cinco minutos que mis amigos habían

partido en camioneta rumbo al océano Pacífico, mientras yo estaba varado con mi mochilón en una zona desconocida del DF, pasada la medianoche y ya sin metro para volver. Opciones: taxi multimillonario de vuelta al departamento o caminata hasta la boletería para reputarlos a todos. OK: boletería. Pero no hubo que putear a nadie porque a la una de la mañana salía otro viaje para Matehuala. Quedaba un último lugar libre. Subí al segundo bondi y me dormí de inmediato.

Cuando desperté, había amanecido. Estaba nublado, y sólo se veía la ruta mordida por el polvo de un desierto sembrado de plantas espinosas y mustias. Cada tanto aparecían algunas yucas altas, parecidas al *Joshua Tree* que popularizó U2.

En la terminal de Matehuala me senté a esperar una hora y después cambié a otro bondi de segunda, rumbo a Real de Catorce.

El bondi trepó una montaña y, una hora y media después, se detuvo en la entrada de un túnel. Bajé sin apuro y me dejé abrazar por el viento, que me fue calando de a poco. La sensación era agradable: yo estaba bien preparado para el frío, tanto en lo mental como en lo referente al abrigo. Del desierto, ni noticias.

Admirando las montañas herrumbradas por el invierno, no noté que esa parada era para un transbordo. Todos los pasajeros ya se apiñaban en la puerta de otro bondi más chico, que cruzaría por el túnel hasta llegar al centro de Real de Catorce: un importante asentamiento español de la época en que la principal actividad en la sierra era la extracción de plata y el acuñamiento de moneda. Hoy no es más que un pueblo colonial que se salva de ser una ruina gracias al turismo y al mantenimiento precario de varios *hippies* viejos —extranjeros, *hippies* post-hipismo: hippies con guita, según me parecieron— que se han instalado en una tierra prometida de aire puro y alucinaciones próximas. Las casas, derruidas por fuera, por dentro fueron convertidas en comercios, hotelitos coquetos o bares para turistas.

Por lento ya no hubo lugar para mí, y tuve que esperar el siguiente bondi. El túnel era sinuoso y resultó larguísimo: un kilómetro, quizás dos. El ancho sólo daba para que pasara un vehículo por vez. En cada salida del túnel había unos tipos con *walkie-talkies* que detenían el tráfico hasta que sus colegas del otro extremo les avisaran que todos los autos de aquel lado ya habían entrado; mientras tanto, de este otro lado se formaba una cola de vehículos que sólo se pondría en marcha cuando el último de los vehículos provenientes

del lado contrario emergiera del oscuro intestino de la montaña.

Apenas me instalé en un albergue, se largó a llover. Yo iba al desierto: estaba preparado para el frío nocturno, pero no para una lluvia interminable. No paró más: durante dos días la lluvia se adueñó del pueblo, con algunas breves pausas para que un viento helado arrastrara la niebla por las calles inclinadas.

Almorcé en un puesto callejero, bajo un toldo de plástico: “gorditas” de rajitas de chile acompañadas con atole champurrado bien caliente. A mis espaldas, la charla de cinco mochileros de distintos países naufragaba en algún punto indefinido entre el inglés, el italiano y el español. Era una comunicación trivial, sembrada de errores y malentendidos. Cuando terminé de comer, giré en mi banquito de plástico y me sumé al grupo.

Pasé los dos días siguientes con ellos. Paseamos mil veces por las mismas calles; cuando no soportábamos más la lluvia, entrábamos a algún lado a tomar algo caliente. Aburrido, una tarde propuse que al día siguiente bajáramos todos juntos a alguno de los pueblitos que se encuentran al pie de las montañas, pero no por el lado del túnel, sino por el lado Oeste: Estación Catorce o Wadley. El motivo de la propuesta era obvio para todos: cruzar la frontera de las vías férreas que unen a esos dos

pueblos, entrar en el desierto y probar el peyote. Pero ellos no tenían apuro (yo sí: sólo tenía una semana para este viaje). Dijeron que lo probarían en la noche de año nuevo, para tener su experiencia mística en esa fecha. La verdad, yo no encontraba la conexión entre el desnude y el almanaque, así que me despedí de ellos y al tercer día, bien temprano, porfié el frío para darme un baño heroico, armé mi mochila y me subí a una de las camionetas que bajan diariamente hasta Estación Catorce. Como muchos otros viajeros, haría base ahí antes de internarme en el desierto para tener un viaje dentro de este viaje.

Las camionetas en cuestión eran lo que en Argentina se conoce como unas Estancieras del año cero. Iban literalmente hasta la manija: cuando por fin nuestro vehículo se llenó —antes no sale— conté veinte personas entre el conductor, los que iban amontonados adentro, los que se entreveraban con los bultos del techo y los que viajaban colgados afuera, en la parte de atrás, uno de los cuales era yo.

La Estanciera fue bajando la montaña como una cabra loca. Cuando el conductor tomaba una curva a la derecha, la parte trasera izquierda (de la que yo colgaba con los pies en el paragolpes) se asomaba a barrancos de

cincuenta metros o más. Abajo se veían unas piedras terroríficas, ideales para romperse el cráneo. También un río espumoso y las antiguas dependencias de las minas de plata.

Casi una hora después, el terreno se hizo horizontal y algo comenzó a fallar en el motor. El chofer, después de un arreglo precario y provisorio, se disponía a comprobar si la Estanciera arrancaba cuando un tipo soltó *la* frase del viaje: “¡Ahorita sí que quién sabe!”.

Sí arrancó, y llegamos a Estación Catorce. Reapareció el sol, apenas tibio. Durante el viaje, un compañero de paragolpes me había dicho que él y su grupo (que iba en el techo) seguirían directo a Wadley. Decidí hacer lo mismo: bajamos todos en Wadley, junto a la vía del tren que separa las montañas del desierto. Uno de los del techo de la Estanciera se presentó como Walter y me preguntó: “y usted, socio, ¿qué piensa hacer?”.

Mi plan era dormir en un lugar que me habían sugerido (“lo de don Tomás”) y, a la mañana siguiente, entrar al desierto para comer peyote; vagar por ahí y quizás volver antes de que se hiciera de noche. Sí: qué fácil, qué preciso. Lo mío era tan improvisado que de plan no tenía nada.

Ellos eran cinco, todos de Guadalajara. Iban bien preparados. Llevaban carpas: me dijeron que tenían lugar

para uno más y me invitaron a ir con ellos. Todos cargaban comida para varios días. No quise ser menos y me ofrecí a aportar las cosas que faltaran: podría comprarlas en el pueblo antes de iniciar la caminata. Walter dio el OK y me indicó que comprara bastante fruta, unas cañas, unas botellas de Pepsi, un bidón de agua y dos kilos de frijoles. Se notaba que él ya había andado por ahí: saludaba a mucha gente del pueblo como si fueran viejos amigos o conocidos.

En menos de veinte minutos, mi nueva situación era la siguiente: estaba por encarar una caminata de tres horas por el desierto con un grupo de desconocidos para pasar una o dos noches con ellos, en medio de la nada y totalmente de la nuca.

Fragmento de *El camino del peyote*.

© Martín Cristal, 2012.

www.martincristal.com.ar